

TESTIMONIOS PARA DERRIBAR MUROS / *La experiencia de quien escuchó a los protagonistas*

IONE HERNÁNDEZ / Directora del documental 'Uno por ciento, esquizofrenia'

Dice esta donostiarra que su trabajo no da respuestas, que lo que sugiere son nuevas preguntas sobre el mundo en el que vivimos e invita a los espectadores a compartir su propio camino de descubrimiento, a perder el miedo a lo desconocido



PABLO PRO

«Tan sólo he buscado retratar, ser testigo honesto y humano de una realidad»

L. B.
BURGOS.—Ione Hernández (San Sebastián, 1970) es la guardiana del tesoro. A ella, periodista de formación y directora de vocación le entregaron sus vivencias los protagonistas del documental en el que cayó 'empujada' por Julio Medem, con quien ya había trabajado en *La Pelota Vasca*. A ella y a la cámara. Ahora, con la perspectiva del tiempo, asegura que este trabajo la ha despojado de sus prejuicios iniciales sobre la enfermedad mental, sobre la esquizofrenia. La ha colocado en el punto de partida para descubrir que lo que hasta ahora se le antojaba ajeno, en realidad no lo es tanto. En septiembre estrenará un cortometraje basado en un libro de cuentos que traducen a la ficción testimonios de esquizofrénicos. El tema la enganchó.

P.—¿Qué te pasa por la cabeza cuando Julio Medem te propone tomar las riendas de este proyecto?

R.—Generalmente, cuando alguien se embarca en un proyecto audiovisual, suele existir una relación muy directa con el tema a tratar. En mi caso fue todo lo contrario. Yo en un principio no lo quería hacer, porque era un ámbito muy ajeno a mí y porque me daba miedo.

P.—¿Qué es lo que te hizo cambiar de opinión?

R.—Bueno, investigué en mi interior y me di cuenta de que, en realidad, no era un tema tan alejado. Si me daba miedo, algo tenía que ver conmigo. Este fue el arranque. Además, yo acudía puntualmente al psi-

cólogo y se lo comenté. Me animó a ponerme manos a la obra porque iba a suponer una aventura de descubrimiento. A todo esto se añadía la emoción de Julio.

P.—Una vez pasada la experiencia, ¿te alegras de haber aceptado la

«Sentí que tenía un muro que romper. El haberlo hecho me hace sentirme mejor conmigo misma»

oferta?

R.—Me ha servido para confirmar que efectivamente tenía algo que ver conmigo. No por ninguna conexión con la esquizofrenia como patología, sino porque me ha ayudado a ser consciente de su enorme dimensión

humana. Siento que he salido reforzada psicológicamente, no porque haya sido un trabajo intelectual, sino por todas las variables que he manejado para contar algo que aún teniendo una lógica de documental, una lógica periodística basada en la entrevista, va más allá. Te sitúas frente a alguien normal que te cuenta su vida pero es alguien que sufre esa enfermedad y es donde aparece algo intangible que derriba todos los estereotipos que nacen de la ignorancia. Nunca he encontrado locura, que es lo que esperas cuando no sabes a que te enfrentas.

P.—¿Qué has aprendido?

R.—En el ámbito profesional, como todo proyecto de envergadura, me ha aportado seguridad. Sin embargo, es inevitable extrapolar esta aventura a la vida. Este proyecto ha sido todo un reto en el que no existía esa ilusión de bucear en un tema tuyo, en un entorno que dominas y te moti-

va. En este caso yo sentí que tenía un muro que romper. El haberlo roto me hace sentirme mejor conmigo misma y, por supuesto, me ha permitido quitarme corazas y prejuicios que tenía ante algo tan inquietante como la enfermedad mental. Tengo la sensación de ser más consciente de la realidad. Además he podido acceder al mundo de los psiquiatras, de los pacientes y sus familias. Es un rincón de la sociedad muy intenso que si no te toca de cerca es absolutamente desconocido.

P.—¿Qué reacción esperas provocar en el espectador?

R.—Siempre digo que si el documental sirve para que alguien que tiene un vecino esquizofrénico pierda el miedo a saludarle cuando se cruce con en el ascensor, será fantástico. Lo que me he encontrado en los distintos lugares donde se ha presentado es fundamentalmente agradeci-

«He percibido cariño y agradecimiento, son necesarios trabajos como este para poner voz»

miento y nuevos testimonios. Una respuesta muy humana que pone de manifiesto la necesidad de proyectos como este, que ponen voz y rostro a colectivos que habitualmente no tienen esa oportunidad. Es increíble el interés que suscita el documental en aso-

ciaciones de familiares y enfermos.

P.—¿Qué les puede aportar a ellos, que ya conocen a fondo esta realidad?

R.—Les ayuda a justificar su vida, su lucha, su pelea. Les proporciona un argumento que todo el mundo entiende. Y creo que, en definitiva, se convierte en un impulso para seguir adelante porque les proporciona esa comprensión que en muchas ocasiones se les niega.

P.—¿Cómo te planteaste la construcción de la historia? ¿Tenías presente el mensaje a lanzar?

R.—Ni de coña. Lo que tuve claro desde el principio es que no tenía que sensibilizar a la audiencia de ninguna manera, mi única pretensión era ser fiel a los testimonios. He tratado de alejarme del sensacionalismo, incluso de lo moral, aunque sea inevitable que se filtre. Tan sólo he buscado retratar, ser un testigo honesto y humano de una realidad que existe, aunque la evitemos.

P.—¿Qué parte del trabajo ha sido más dura, perder el miedo inicial o escuchar los testimonios de los enfermos y sus familiares?

R.—Sin duda, el montaje posterior. Al final te aprendes de memoria todo lo que has oído. Son tantas horas... Siempre hay un momento en el que te apropias de las vivencias, de lo que te han transmitido. Ellos, los protagonistas, te describen la antesala del delirio como un momento de gran soledad y un montaje también es un proceso muy solitario, en el que estás encerrada en una sala. Cada día me iba a casa con las frases de ellos en la cabeza.

P.—¿Es inevitable implicarse hasta ese grado?

R.—Hacer un documental sobre la esquizofrenia no es un trabajo ligero. Fue, en realidad, un acto de entrega mutua. No es lo mismo entrevistar a un político que a alguien que comparte su día a día y que padece algo tan intangible, en lo que influyen tantos factores.

P.—Los testimonios se suceden divididos en temas, ante un fondo negro. ¿Qué objetivo persigue esto formato elegido?

R.—El diseño inicial incluía un fondo con imágenes para acompañar los testimonios. Sin embargo, la apuesta formal definitiva optó por dar el protagonismo a lo que se estaba contando, porque era lo principal. Elegimos el negro por la sobriedad y porque permite dejar al espectador la libertad de 'rellenar el hueco'. Hay más libertad.

P.—Hablabas de la influencia de otros muchos factores que marcan la esquizofrenia al margen de los médicos...

R.—Lo bueno del documental es que no da respuestas, porque lo que busca es formular preguntas. Animar al espectador a que se cuestione la estructura social en la que vivimos a través de alguien que narra su realidad con honestidad. No tengo dudas de que si ya la sociedad es cruel con aquellos que no tienen este tipo de problemas, aún lo es más para quien se ve obligado a enfrentarse a una dificultad tan bestial. Los esquizofrénicos tienen muy claro que no tienen sitio en la sociedad, es muy duro pero te lo dicen sin tapujos y sin albergar rencor.